



## ACTO TERCERO

En el mismo "hall" del primer acto. Es media tarde; la hora de la clase de las labores.

(La DIRECTORA habla junto a la puerta del jardín con la SEÑORITA JUANA, mientras que CLARA, AMELIA, MATILDE, SOFÍA, EVA y JULIA cosen o bordan sentadas en sillitas bajas. Hay una sillita vacía, la de Emma, sobre la cual está su cestito de costura.)

DIRECTO. (A la señorita Juana.) Vaya usted a recoger a las pequeñas; yo voy en seguida.

JUANA Está bien, señora. (La señorita Juana sale por el fondo.)

DIRECTO. A ver vosotras, si concluís. Ya que hoy va a ser corta la clase, que sea aprovechada; muchas puntadas y pocas palabras.

AMELIA ¿No íbamos todas a adornar la mesa?

DIRECTO. Con que se empiece una hora antes, basta. Además, Margarita y su marido no son invitados extraordinarios.

SOFÍA Como es la última vez que vienen a comer con nosotras...

DIRECTO. De todo habrá tiempo; a concluir. Me acuerdo perfectamente dónde dejo la labor de cada una. Veremos cuál es la menos parlanchina. Ah, en cuanto baje Emma, que está con Laura, que vaya a verme.

CLARA Está bien, señora.

DIRECTO. Ea, a trabajar. (La Directora sale, y en segui-

da Sofía, alzando la cabeza y dejando en paz a la aguja, empieza la charla.)

SOFÍA Estoy de este chaleco... Es mi verdadera camisa de fuerza.

EVA Pues lo que es yo... (La Directora, que acechaba, se asoma e interrumpe la frase. Hay risas sofocadas.)

DIRECTO. Habías de ser tú, Sofía; no puedes negar que eres hija de un orador.

SOFÍA Si fué que...

DIRECTO. Silencio. Quietas las bocas y listas las manos. La que no borde ahora, va a tener que bordar mientras comemos las demás; queda dicho. Habrá que castigaros como a las pequeñas. (Sale. Al oír la amenaza Amelia se aplica a la labor; y durante un momento todas trabajan con ahínco. Poco a poco la actividad se va haciendo menos seria y algunas cabezitas se alzan para ver si la Directora sigue aun expiando,

JULIA Se fué ya.

MATILDE No fiaros.

EVA Mira que hacernos bordar hoy...

SOFÍA Yo quisiera saber quién inventó la aguja.

MATILDE Dichosa Emma, que se ha librado hoy.

CLARA Es que hay privilegiadas en la pensión.

JULIA Se libró porque está cuidando a Laura, que no se encuentra bien.

CLARA Para correr por el jardín y andar siempre de secretitos con el señor Pedro, sí está buena.

SOFÍA Pero si no es del pie; si es que le ha dado hoy una jaqueca.

AMELIA Bastante tiene con no asistir a la comida.

SOFÍA ¡Gracias a Dios que hablas, mujer!  
(Risas.)

MATILDE Tú le tienes demasiada rabia. ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotras?

CLARA Nada.



AMELIA No se odia a una persona porque sí, y vosotras os odiáis; eso se ve.

CLARA Yo siempre he sido correcta con ella.

SOFÍA Te la comerías correctamente si te dejaran.

CLARA Nuestras razas son tan diferentes... A nosotros, que hemos enseñado la democracia al mundo, nos repugnan los favoritismos.

EVA Hablas como una sufragista.

MATILDE ¿Favoritismos?

CLARA Sí; aquí los hay. Yo siempre he tenido que sufrir la predilección de mademoiselle Blanchet por Laura.

SOFÍA Pues nosotras no nos damos cuenta, hija.

CLARA El primer año que estuve aquí, mi tío John me había ofrecido regalarme seiscientos dólares y una pianola si ganaba el premio de francés. Yo estudié todo el curso, y luego el premio fué para Laura.

JULIA Eso ya no es cuestión de razas, sino de inteligencias.

MATILDE Tiene razón.

CLARA Inteligencia para el mal. Si supierais de ella lo que yo, no la defenderíais así.

SOFÍA Ya te hemos dicho que hablar sin pruebas es calumniar.

CLARA Algún día podré daros esas pruebas.  
(EMMA aparece en el rellano de la escalera.)

JULIA Psch...

MATILDE No hablemos más de ella; Emma está ahí.

EMMA (Desde arriba.) ¿Coseis aún?

SOFÍA Un discurso entre dos puntadas, ya ves.

AMELIA (Volviendo a levantar la vista del bordado.) Una especie de sandwich.

EVA ¿Cómo sigue Laura?

EMMA No es nada. Dice que le duele mucho la cabeza y no quiere bajar al comedor. Allí se queda hablando con Pedro.

CLARA ¿Le han llevado ya hoy las flores a Margarita?

EMMA Precisamente Pedro las va a llevar ahora. Subió con el ramo a darle a Laura un jazmín italiano que se abrió hoy.

CLARA Todos los días encuentra el jardinero jazmines o *rosas-pretexos* para cuchichear con ella.

EMMA ¿Es que te molesta también que la quiera el viejecito?

AMELIA ¡No empezar!

JULIA ¡Por Dios!

SOFÍA (A Emma.) La Directora dijo que fueras a verla en cuanto bajaras.

EMMA ¿Dónde está?

AMELIA Debe de andar por la cocina.

EMMA Si lo sé hubiera bajado por la otra escalera. Voy. (Sale por la izquierda.)

MATILDE ¿Quién tiene una hebra de seda azul?

SOFÍA Nadie, chica; es el mejor pretexto para no bordar más.

EVA Silencio.

JULIA ¿Qué pasa?

EVA Pasos sigilosos en el jardín.

SOFÍA Lo que es esta vez no nos pilla. (Todas se afanan sobre sus labores mirando de soslayo al jardín, por donde poco después cruza lentamente el SEÑOR PEDRO con un ramo de flores en la mano.)

MATILDE Sí es el señor Pedro.

SOFÍA Buen susto nos ha dado.

CLARA Oiga usted, señor Pedro.

PEDRO Señoritas...

EVA Entre.

PEDRO (Sin querer entrar.) ¿Mandaban algo las señoritas?

CLARA Que entre usted, le digo, ¿no ha oído? Déjenos ver el ramo que lleva a Margarita hoy.

PEDRO Volveré en seguida para lo que ustedes gusten mandar. Volveré.

CLARA Pero deje ver, no huya... Oiga usted, señor Pedro... Espere. (El jardinero ha salido precipitadamente y Clara le sigue. Las demás contemplan desde la puerta la persecución.)



JULIA ¡Cómo corre!  
MATILDE ¡Cualquiera dice que tiene ochenta años!  
SOFÍA Esa Clara...  
EVA Lo ha alcanzado y le quita el ramo.  
AMELIA Psch... La Directora. (La DIRECTORA y EMMA entran por la izquierda.)  
DIRECTO. Veo que habéis levantado la sesión sin esperarme.  
SOFÍA Acabamos de soltar la aguja.  
AMELIA Mire usted mi labor si quiere, señora. Estaba aquí.  
DIRECTO. Bien; no hace falta. Vamos a recoger y a preparar todo allá dentro. ¿Y Clara?  
JULIA Acaba de salir.  
EVA Ahora mismo estaba en el jardín hablando con el señor Pedro.  
DIRECTO. Tú, Eva, vé a ayudar a la señorita Juana con las pequeñas, y en cuanto estén acostadas reúnete con nosotras en el comedor.  
EVA Sí, señora. (A Emma.) Lleva tú mi cestillo y guárdalo.  
EMMA Bueno. (Eva sale por el fondo.)  
DIRECTO. Eso es, Emma; encárgate de recoger todo aquí, y así ganaremos tiempo; es la división del trabajo de que os he hablado. Vosotras venid. Sin tropel. (Van saliendo por la izquierda. Emma queda agrupando las sillas en el rincón de la escalera y recogiendo los útiles de costura. Casi en seguida llega CLARA por el fondo con aire triunfal.)  
CLARA ¿Estás tú sola?  
EMMA Han ido a decorar el comedor para la fiesta de esta noche. La Directora preguntó por ti.  
CLARA Va a ser una verdadera fiesta; una fiesta con sorpresa final.  
EMMA ¿Piensas hacer tú juegos de prestidigitación?...  
CLARA Puede que sí.

EMMA A ver si te haces desaparecer el acento inglés al hablar. Sería magnífico.  
CLARA Al contrario: en vez de hacer desaparecer nada, voy a hacer aparecer una cosa muy importante para tu gran amiga. Esta noche vamos a quitarnos todas las caretas.  
EMMA ¡Ah! ¿Con que tú ibas a diario con caretas?... ¡Ya decía yo!  
CLARA No me importan los insultos, y a cambio de ellos, para que veas que soy caritativa, quiero que le digas a Laura que he encontrado un *papelito* que le va a curar la jaqueca para siempre.  
EMMA No te entiendo, hija.  
CLARA Pues esta noche, a pesar de mi acento, todo el mundo va a entenderme bien.  
EMMA Se lo escribiremos al tío que iba a regalarte la pianola.  
CLARA Pienso ir muy pronto a decírselo personalmente.  
EMMA ¡Pobre tío John! (Aparece SOFÍA en la puerta de la izquierda.)  
SOFÍA (A Clara.) La Directora te llama, mujer.  
CLARA Voy. ¡Esa pobre señorita Blanchet!...  
SOFÍA Que vayas pronto. Quieren que el menú sea de tu letra.  
CLARA Vamos.  
EMMA ¡Ah, no te expongas a perder el barco de New-York por venir a despedirme de mí!... Buen viaje.  
CLARA ¡Oh, no! Hemos de vernos antes. ¿Me iba a marchar sin despedirme de nuestra incomparable Laura?  
EMMA No le hace falta ninguna.  
CLARA Pero a mí sí.  
SOFÍA No falta más que os peguéis.  
EMMA Por mí...  
CLARA ¡Puah!... Vamos, Sofía. (Sale Clara. Sofía mira a Emma, ríe, y sale después. Emma acaba de ordenar el "hall". En seguida entra por la puerta del jardín el SEÑOR PEDRO, muy turbado.)



PEDRO Señorita...  
EMMA ¿Qué le pasa, Pedro?  
PEDRO Nada. No sé; me ahogo...  
EMMA ¿Quiere usted que le traiga algo? ¿Un poquito de vino? Está usted agitado.  
PEDRO No, gracias. Si usted quisiera ser tan buena, señorita Emma, me dejaría sentarme aquí un momento. Con un poquito de reposo me pongo tan fuerte...  
EMMA Vaya usted a su cuarto; yo lo disculparé con la Directora.  
PEDRO Estoy aquí mejor, señorita.  
EMMA ¿Aquí?  
PEDRO Sí; déjeme unos minutos. Descabezo un sueñecito y... (Emma va hacia la puerta de la izquierda.) Váyase por el jardín, señorita; digo yo.  
EMMA Pedro, a usted le pasa algo. ¿Por qué quiere usted quedarse solo? ¿Por qué quiere que me vaya por el jardín? Nunca le he visto como hoy.  
PEDRO (Ya sin contenerse.) ¡Téngale usted lástima al pobre viejo! Hoy me echan de aquí... Yo se lo dije a la señorita Laura desde un principio; yo ya no quería, señorita Emma, pero...  
EMMA Hable usted claro.  
PEDRO A mí me pasa lo que a usted, no puedo negarle nada. La señorita Laura me pediría algo malo, si ella pudiera pedir algo malo, y yo lo haría.  
EMMA Eso no es hablar claro. Vamos, contéteme usted para que nos entendamos al fin. ¿Por qué quería usted quedarse aquí solo?  
PEDRO Para hablar con la señorita Laura.  
EMMA ¿Iba usted a subir otra vez a su cuarto?  
PEDRO No, baja ella. Lo teníamos ya convenido, señorita Emma. ¿Ve usted? Sólo tenía que toser así: ¡ején, ején! dos veces: ¡ején, ején!... Entre usted y ella me tienen que salvar, ya que por no sa-

berle decir que no, me voy a ver a mis años en la calle sin techo.  
EMMA Pero...  
PEDRO ¿Ve usted? Ya está ahí. (LAURA aparece sigilosamente en el rellano de la escalera; al ver a Emma quiere retirarse, pero ya es tarde y baja.)  
EMMA ¡Laura!  
LAURA ¿Qué haces aquí?... Habla bajo.  
PEDRO Señorita Laura, ¡nos han sorprendido!  
LAURA ¿Qué dice usted? ¿Ha sido Margarita?  
PEDRO No.  
LAURA Acabe; mire cómo estoy.  
PEDRO La señorita Clara me quitó el ramo en el jardín. Yo me defendí, pero me faltan las fuerzas.  
LAURA Y...  
PEDRO Y sacó la carta, señorita... ¿Por qué escribió usted hoy? Ya no hacía falta, ya estaba todo arreglado; hubiera podido darle las gracias aquí personalmente. Yo se lo advertí. Había llevado más de diez cartas sin que ocurriese nada, y ahora...  
LAURA Cállese.  
EMMA No, siga; dígame todo, señor Pedro.  
LAURA (Exaltada.) Sí; más de diez cartas, más de doce... Vé tú también a delatarme si quieres. Dime loca, lo estoy, óyelo; más de diez cartas, sin que me haya contestado ninguna.  
EMMA ¡Oh, Laura!  
LAURA Necesitaba hablarle, aunque sólo fuera una vez: es mi único sueño; hablarle media hora, cinco minutos, uno, y que después concluya todo y pague mi locura... Ayúdame, Emma; ayúdeme usted, señor Pedro, que yo le hable siquiera hoy.  
PEDRO Sí; él viene ahora; eso es lo peor.  
EMMA Sí; vienen a comer.  
PEDRO No; el señorito Eduardo viene ahora, en seguida. Tantas cartas sin contestar,



y hoy se ha decidido así, de pronto... He dejado abierta la verja y vendrá por aquí (Señalando a la izquierda.) para no ser visto. Por eso quería que me dejara usted solo y que se fuera por el jardín, señorita.

EMMA Pero, ¿v. Clara?

LAURA ¡Esa Clara!

PEDRO Dijo que la señorita Margarita vendría antes.

EMMA Eso no puede ser... No sé qué tienes tú, Laura, que aturdes, que haces olvidar deberes y peligros... No, no puede ser, no debe ser. Tú no estás en tu juicio. ¡Escribir a un hombre! ¡Y a un hombre casado!

LAURA ¡Le hablaré, le hablaré, le hablaré!

EMMA Si tú no desistes, soy yo quien voy a advertir a la Directora.

LAURA Anda, avisa, imita a la yankee... Si no le hablo me suicidaré. Ya sabes que tengo valor... Vé y acúsame tú, la que dicen que más me quiere.

EMMA Por eso mismo...

PEDRO No, señorita; piense en el pobre viejo.

EMMA Pero si además no podrá ser: Clara estará espiondo.

PEDRO Está en el comedor.

LAURA Y sólo serán diez minutos, cinco minutos... Anda, Emma, sí... Yo no te digo que me ayudes, que vayas con Pedro a vigilar, sino que te hagas como que nada sabes...

EMMA ¿Ve usted, Pedro?

LAURA Comprende que tenemos que ponernos de acuerdo para evitar que este viejecito no vaya a ser la víctima. Anda, sí; demuéstreme que eres capaz de sacrificarte por tu pobre Laura.

EMMA ¡Y haber guardado así el secreto conmigo!

PEDRO ¡Señoritas!...

LAURA ¿Eh?

EMMA ¿Qué?

PEDRO Siento pasos.

LAURA ¿Será?

PEDRO Debe de ser.

EMMA ¡Oh, Laura; vámonos, huye!...

LAURA No, no.

PEDRO Voy a traerlo. Salga usted, señorita; es mejor. (El señor Pedro sale por la izquierda.) Ven conmigo.

EMMA Te he dicho que no; vete.

EMMA ¿Me juras que serán sólo cinco minutos?

LAURA Sí, vete.

EMMA Yo vigilaré por el jardín. (Emma sale precipitadamente por el fondo, y cuando Laura se vuelve a mirar hacia la izquierda, Eduardo, sonriente, está ya en el dintel de la puerta.)

LAURA Entre... Creí que no se iba a atrever nunca.

EDUARDO Ya ve usted.

LAURA ¿Hay alguien ahí?

EDUARDO (Evasivo.) No, creo que no... Será Pedro.

LAURA ¡Por fin! Tanto desear este momento y ahora...

EDUARDO Todo llega y pasa en la vida.

LAURA ¡Si se pudiera detener el tiempo! (Corta pausa.)

EDUARDO Vamos, hábleme; dígame esas cosas tremendas y graciosas que sin duda tiene pensadas. ¿No habla usted?

LAURA Ya lo tengo aquí, y ahora me da... no miedo, sino... quisiera poder decirle al mismo tiempo todo.

EDUARDO ¡Qué chicuela!

LAURA ¿Ha leído usted todas mis cartas? ¿Sí?

EDUARDO ¿Cuántas veces? Las escribía de noche. Quizás por eso hay algunas tan sombrías.

LAURA No se burle. Estoy harta de que se tomen en broma mis cosas.

EDUARDO Es que las cosas de usted serían trágicas si uno no se decidiera a reír... Escribien-



- do es usted terrible; así, de cerca, vuelve a ser la niña, la...
- LAURA ¿Y leyó mi carta de ayer?
- EDUARDO Todas. La primera por ese poco de curiosidad malsana que hay hasta en las personas mejores; las otras por piedad, por cariño.
- LAURA ¡Oh!
- EDUARDO Y por deseo de contribuir a que se cure... Usted, Laura, es una enfermita a quien hay que medicar.
- LAURA ¿Y ha venido usted a eso? ¡Qué desilusión!
- EDUARDO Querría desilusionarla más aún... Su alma está un poco revuelta por los libros indigestados; y hay que darle, verá qué prosaico un purgante espiritual... Tiene usted un vidrio de aumento en esa cabecita y no ve más que héroes, redentores, raptos, ¡qué sé yo! No taconee tan fuerte, aplaque esos nervios y escuche.
- LAURA Le pondré un emplasto a mi amor, está bien.
- EDUARDO Estaba usted encantada con esta inversión de papeles, ¿eh? Ahí es nada; raptar a un hombre, raptar a un marido... Se ha anticipado lo menos dos siglos, hija mía... Ríase conmigo; que yo no vea esa cara adusta. Su última carta de amenaza me asustó. ¿Hubiera sido capaz de escaparse y de ir a buscarme? Eso no está bien.
- LAURA Hubiera sido capaz de todo.
- EDUARDO Esa fuga con bombones, con disfraces, con su inevitable viaje a Venecia y su visita final al papá para que lo arreglara todo, ¡que de usted es todo eso, Laura!
- LAURA Yo creía que después de lo del Saléve... Estaba en el derecho de pensarlo, y sí, sí... Usted dice todo eso por probarme, Eduardo, ¿verdad?

- EDUARDO ¡Qué chicuela!
- LAURA No quiero perder la fe en usted.
- EDUARDO La fe, que dicen que salva, es su enemiga. Pierda su fe en las cosas y en los hombres extraordinarios. Aquí tiene el verdadero Eduardo, al que la quiere casi fraternalmente, al que viene a soltar de una vez los pájaros que llenan esa cabecita.
- LAURA Ríñame, desprécieme, insúlteme, pero deje ese tono ligero... Yo había pensado en este momento, y ahora todo mi sueño se me deshace. Yo contaba con su cariño.
- EDUARDO Y debe contar. Porque la quiero le hablo así... ¡Qué sería de todos si yo me hubiera puesto al tono de su locura! ¿Cuál no sería nuestro remordimiento, Laura, si un día nos mirásemos el uno al otro para decirnos: nos hemos equivocado, y detrás de nosotros, por nuestro capricho, hemos dejado rencores y lágrimas?
- LAURA Yo no me equivoco.
- EDUARDO ¡Es tan fácil equivocarse cuando la juventud está en toda su fuerza y el alma es una cómplice de la imaginación! Usted piensa que soy un cobarde; y hace falta más valor para ahogar una pasión o un deseo que para alimentarlos... Ya ve usted que dejó el tono ligero y le hablo como a una mujer.
- LAURA (Con infantil terquedad.) ¡No, no, si no puede ser!
- EDUARDO Y no es usted una mujer, es una niña que ha crecido mientras su alma seguía siendo pequeñita; como no puede ya jugar con muñecas, quiere jugar con la vida, sin ver el peligro... Y juega con un poco de crueldad; porque usted, Laura, debe de haber decapitado más de una muñeca y de haberle torcido el cuello a más de un pájaro... Lo que me escribió el domin-



- go de Margarita, que tanto la quiere, es cruel.
- LAURA Sí, que la hiciera sufrir de una sola vez ahora que era joven y fuerte, y que le ahorrara una vida de pequeños dolores, de pequeñas traiciones, de pequeñas miserias... Si no me quería, Eduardo, ¿por qué siguió leyendo mis cartas?
- EDUARDO Ya se lo he dicho. Aquí las traigo para devolvérselas y para rogarle que las rompa.
- LAURA Deme. No es usted lo que yo...
- EDUARDO Lo que usted se figuraba, ¿no es eso? Siempre le pasará lo mismo. La vida es un rosario de desilusiones, pero las cuentas que se dejan atrás vuelven con el tiempo a encontrarse delante y no las reconocemos, y son ilusiones otra vez... Se figuraba usted que yo era un hombre de novela.
- LAURA Creí que era un hombre. Ahora ya sé lo que me queda que hacer.
- EDUARDO (Burlón.) Suicidarse, claro.
- LAURA Pues sí, eso; me suicidaré como aquella alumna de la señorita Voisin. ¡Qué gusto! Tomaré una dosis de cloral y abriré el gas del baño. ¡Estoy tan aburrida!
- EDUARDO Y eso la distraerá...
- LAURA No me he echado más de una vez de cabeza al lago no sé por qué... por no asustar a los cisnes.
- EDUARDO Es usted encantadora... Hay que quererla a la fuerza.
- LAURA Ya lo veo, ya.
- EDUARDO Usted ha estado enamorada, lo reconozco, pero no de mí. Oiga usted qué cosa más poética: usted ha estado enamorada del amor. Esta frase no es mía, no se ilusione... Yo sería muy simple si creyera que esas cartas han sido escritas para mí. No las rompa como le dije an-

- tes; con sólo cambiar el nombre volverán a servirle.
- LAURA Búrlese, riase. Pero no crea que voy a matarme por usted, que no lo merece. ¡Me voy a matar porque sí, porque me da la gana, porque me gusta! (Solloza nerviosamente.)
- EDUARDO No llore, cabecita loca... Antes de matarse tiene que pensar en el pobre viejo a quien ha comprometido.
- LAURA ¡Pobre señor Pedro!
- EDUARDO ¿Ve usted cómo es buena?
- LAURA Vienen, ¿oye usted?
- EDUARDO No le importe; quédese aquí.
- LAURA ¿Cómo puede usted estar tranquilo? ¡Al menos es valiente, como yo pensaba!
- EDUARDO Ni eso siquiera, Laura: Otra desilusión... Espérese, cálmese.
- (En la puerta del fondo aparecen luchando EMMA y CLARA. Emma quiere cubrir con el cuerpo la entrada, pero, al fin, Clara la arrolla y entran violentamente las dos.)
- EMMA ¡Huye, Laura!... ¡Huya usted!
- CLARA Déjame... ¡Ah!
- EDUARDO Estese quieta.
- EMMA Le he querido quitar la carta y no pude.
- LAURA ¡Odiosa espía!
- EDUARDO (A Clara, que aun está jadeante por la lucha.) Usted dirá, señorita.
- CLARA ¡Ah, lo que es ahora no me lo pueden negar!... Ahora no se ha dejado usted olvidada la petaca, señor de Villegas.
- EDUARDO Usted ha errado la profesión, señorita. ¡Me río yo de Sherlok Holmes!
- CLARA Puede reírse de quien le plazca, pero no de mí ni de esta casa que usted y Laura han profanado.
- EDUARDO ¿Pero habla usted en serio?
- LAURA Déjela usted.
- CLARA La señora sabrá al fin quienes son ustedes.



EMMA ¡Clara!...

CLARA El jardinero metido a cartero... ¡Qué asco!

LAURA No sé por qué te ocupas tanto de mí. A mí nada tuyo me importa.

CLARA A mí lo que me importa es la moral; esta pensión es mi casa, la de todas nosotras, y tú con tus... coqueterías nos expones a que nos confundan contigo.

EDUARDO ¡Qué poco generosa es usted!

LAURA Sigue, sigue.

CLARA Pueden creer que aquí somos todas capaces de hacer lo que tú has hecho con Margarita. (A Eduardo.) Y en cuanto a la conducta de usted...

EDUARDO Señorita...

CLARA Sí.

EDUARDO (Interrumpiéndola y abandonando por primera vez el aire burlón.) Cállese... Ahora hablo yo. Ya la hemos oído bastante y estamos maravillados de sus grandes dotes de moralista y de detective. Me obliga usted, con su intransigencia, a descubrir una cosa que quizás sea dolorosa para Laura, pero que ya es precisa. Yo no he venido aquí, como usted, a perderla, sino a salvarla.

CLARA ¡Qué atrocidad!

EDUARDO He venido a ver si podía curarla de sus infantilismos, y he venido de acuerdo con su mejor amiga. Esta entrevista, que solo debió ser beneficiosa para Laura, usted la va a hacer un poquito humillante; sepa usted, señorita Clara, que esta entrevista solo podía realizarse así. (Yendo a la puerta de la izquierda.) Ven... Sí, ven... Entra, Margarita.

(MARGARITA entra en escena, está cohibida, adolorida; parece que es ella la culpable. Hay un momento de estupefacción.)

EMMA ¡Oh!...

LAURA ¡Eduardo!

CLARA ¡Qué pantomima!

MARGA. No debiste obligarnos a esto, Clara. Laura, yo no puedo guardarte rencor.

EDUARDO Ya ve usted. Estaba ahí escondida desde que yo vine. Lo siento por el fracaso de su instinto policiaco.

CLARA Basta; la señora sabrá... (Sale muy indignada por el fondo.)

EDUARDO Hasta en eso va a llegar tarde. No se asuste usted, Laura. Al venir hemos mandado una carta a la Directora en la que le explicábamos la verdad del asunto, excepto en lo que al señor Pedro se refiere.

MARGA. El mismo Pedro la llevó.

LAURA Es usted un mal caballero.

EMMA Han hecho bien.

MARGA. Vamos, ven acá.

EDUARDO Un mal caballero, pero un buen amigo: a usted le convenía más esto último. Yo no quería que hiciera usted la locura de salir de aquí y de dar un escándalo. ¿Cree que no luché mucho antes de enterar a Margarita? Por fortuna no me equivoqué acerca de su generosidad. A ella es a quien debe usted dar las gracias.

MARGA. ¡Oh, no!... Vamos, abrázame.

EMMA Abrázala, Laura.

EDUARDO Cuando pase el tiempo me agradecerá usted esta estratagema. Yo quería venir a su llamamiento, pero del único modo digno para usted y para mí.

(La DIRECTORA, seguida de CLARA y del SEÑOR PEDRO, entra por el fondo. Poco a poco, detrás de ellos van llegando MATILDE, SOFÍA, EVA y JULIA, que atienden silenciosamente a la escena.)

DIRECTO. Basta, Clara... Basta, señor Pedro.

CLARA Es la verdad.

PEDRO Señora...

LAURA Yo me iré hoy mismo de la pensión.

MARGA. Oiga usted.



- EDUARDO Sí, óiganos.  
DIRECTO. Silencio, por Dios. Que nadie se sintonice y que nadie acuse. Ruego que no se hable más de eso esta noche. Yo no quiero recoger de este hecho, que tanto me apena, más que la versión mejor, y no quiero juzgar sino de las intenciones para no tener que condenar.
- MARGA. Mañana temprano salimos de Ginebra.  
DIRECTO. Bien.  
EDUARDO Y si en este momento nuestra presencia pudiera serle desagradable o dolorosa...  
DIRECTO. No, quédense, oigan...  
CLARA ¡Es una vergüenza!  
DIRECTO. Cállate, Clara. Si a Laura le ha faltado cordura, a ti te ha faltado generosidad, y al querer hacer la justicia por tu mano has hecho tan mal como el señor Villegas y Margarita que pretendieron solos acusar a Cabecita loca. Yo quiero achacar todo eso a la juventud, y desear que a todos les sirva de lección... A usted más que a nadie, señor Pedro, que por sus años no tiene disculpa.
- CLARA Laura ya no es una niña.  
DIRECTO. Pero en ella los defectos son por exaltación del temperamento, son de esas cosas que el tiempo calma, mientras que los tuyos son en frío y de esos que no se corrigen nunca.
- EDUARDO Usted misma ha dicho que no se hable más de eso esta noche.  
DIRECTO. Tiene usted razón. (Volviéndose hacia las discípulas que la escuchan.) Me alegro que hayáis venido. ¿Estáis todas?  
SOFÍA Falta Amelia.  
MATILDE Se quedó en la cocina.  
SOFÍA Claro.  
DIRECTO. Dichosa ella que tiene esa debilidad tan vulgar y tan fácil de armonizarse con las mejores cualidades... Quiero que sepáis que la comida que iba a ser de despedida

- solo para Margarita y su marido, lo será también para todas vosotras, hijas.  
EVA Señora...  
EMMA ¿Qué quiere usted decir?  
DIRECTO. Sí, sois ya mayores... No insistáis. Hoy mismo escribiré a vuestros padres. El otro día me lo dijo muy afinadamente el señor Viel; sois ya mujeres y la pensión comienza a ser para vosotras una jaula. No, no.  
SOFÍA Os tendríais que ir muy pronto una a una, y hubiera sufrido por igual al iros perdiendo... Así será la pérdida de una vez, y... (Se enjuga los ojos.) No extrañéis que me emocione: es el primer enjambre que se me dispersa. Yo no había contado con este dolor.  
MARGA. ¡Pobre señora!  
CLARA (A Laura.) Tú has tenido la culpa.  
EMMA (Idem.) No llores, no te desesperes.  
MATILDE ¡Qué sola se va a quedar usted!  
DIRECTO. Me quedan las pequeñas, que irán creciendo como crecisteis vosotras, y que me volverán a parecer hijas, y un día me dejarán sola también.
- EDUARDO Es el destino de su profesión.  
DIRECTO. Hasta que un día sea yo la que las deje para siempre. (De súbito Laura se desprende de los brazos de Emma, y sale corriendo por el jardín.)  
MARGA. ¿Dónde va?  
DIRECTO. ¡Detenedla!  
EDUARDO Voy yo. (Sale precipitadamente detrás de Laura.)  
MATILDE Corre hacia el estanque.  
DIRECTO. No hay peligro.  
CLARA Se querrá suicidar en un vaso de agua.  
MARGA. Ya la ha alcanzado, ya la trae.  
DIRECTO. Y ahora silencio: ni una alusión, ni un reproche, ni la menor burla, tú, Clara. Aquí están.  
JULIA Aquí están.  
(Entran EDUARDO, LAURA y el SEÑOR PEDRO, que había también salido. Laura se abraza a la Directora.)



- LAURA ¡Perdón, señora!... Yo no podía soportar su dolor... ¡Perdón, Margarita! (La abraza también.)
- DIRECTO. Cabecita loca, corazón de oro, ¡ojalá que este simulacro de maldad y hasta de tragedia, te sean provechosos en la vida!
- LAURA Acaba de suicidarse Cabecita loca; es solo Laura quien vuelve del jardín. (Una corta pausa, emocionada. AMELIA entra por la izquierda con cara de aflicción.)
- MARGA. ¿Qué te pasa?
- AMELIA Señora...
- DIRECTO. ¿Qué ocurre, mujer?
- AMELIA El asado... Se ha quemado el asado. (Todos rien.)
- DIRECTO. Vaya por Dios... ¡Qué importa! Será una comida un poco destartalada la de hoy, como debe comerse en un campamento la noche antes de licenciar las tropas... Vamos al comedor.
- MATILDE Vamos.
- MARGA. Ven conmigo, Laura.
- VARIAS Vamos, vamos.
- CLARA (Que desde pocos momentos antes ha estado escribiendo en un cuadernito con su inevitable pluma estilográfica.) Yo no voy, señora.
- DIRECTO. Clara... Tú vienes como todas. Me debes obediencia todavía.
- CLARA Le ruego que permita al señor Pedro, jardinero y mandadero de esta pensión, que me vaya a expedir este cablegrama.
- DIRECTO. A ver.
- CLARA Leeré yo misma, yo no tengo secretos. (Leyendo) «Mister Eliers-Canon, Street, Philadelphia. Vengan en seguida burcarme. Imposible resistir costumbres europeas.» (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

LA CULPA AJENA

